

Noviembre 12/2004

LOS VALORES POSITIVOS DEL OCIO

Por Agustín Saavedra Weise

En 2001 publiqué una nota titulada "El ocio y la queja, motores del cambio". Tres años más tarde y en lo que a ocio se refiere, sigo insistiendo en estos postreros meses de 2004 que dicho ocio –debidamente dosificado– tiene un alto valor para estimular la creatividad humana, la que mal podría generarse si nos embrutecemos con el trabajo a toda hora y en todo momento. El descanso es necesario y no solamente para reposar sino también –como se dice popularmente– para "cargar pilas". En ese contexto, se introduce el valor del ocio como elemento positivo, siempre que se lo transforme en algo creador y que brinde cosas buenas, no el ocio "per se" de dormir a pata suelta o quedarse tirado en una hamaca sin pensar en nada...

Estas modestas ideas sobre el ocio se ven enormemente reforzadas por un peso pesado en su campo: el gran filósofo alemán Federico Nietzsche (1844-1900). En su obra "La Gaya Ciencia" (libro IV-329), él se refiere específicamente al "ocio y la ociosidad". Allí exalta la potencialidad del ocio creador y estimulante frente al embrutecimiento del trabajo continuo.

Al decir de Nietzsche: "el trabajo monopoliza, cada día más, la tranquilidad de conciencia; la inclinación a la alegría (ocio) se llama ya necesidad de reponerse y empieza a avergonzarse de si misma. 'La salud me lo exige', es lo que suele uno argüir cuando le sorprenden pasando un día en el campo. Sí, se llegará pronto a no ceder a la inclinación a la vida contemplativa (es decir a pasearse en compañía de pensamientos y amigos), sin despreciarse a si mismo y sentir intranquila la conciencia. Pues bien, antes sucedía lo contrario: el trabajo era quien no tenía tranquila la conciencia. Un hombre de noble origen se ocultaba para trabajar, cuando a ello lo forzaba la pobreza".

Ya los griegos hablaban del "ocio creativo"; solamente en la pausa del descanso era posible la creación. La mayoría de los filósofos antiguos o eran ricos o tenían mecenas que los sustentaban. Fue en base a esa vida holgada (y de ocio), que hombres como Platón, Aristóteles, Arquímedes, Sócrates y otros gigantes del pensamiento pudieron lucubrar sus ideas e iluminar a la humanidad. Si se hubieran encontrado dedicados al "laburo", a ganarse

el pan con el sudor de la frente, no hubieran podido crear las maravillas científicas y literarias que han legado para la posteridad a todos los seres humanos.

El ocio vale, no hay duda alguna. Aquellos apóstoles del trabajo a ultranza han llevado a éste casi hacia el límite de la sacralización, tratando –a su vez y en paralelo– a toda forma de ociosidad como frívola, decadente o negativa. No niego al trabajo, pero ¡ojo eh!, tampoco hay que negar al ocio. Este produce grandes cosas; todo es cuestión de usar el tiempo de vagancia en forma positiva, pero sin vagancia no hay creación, no hay innovaciones. Así de simple. Así lo dice además mi admirado Nietzsche, quien concluye contundentemente: "el esclavo trabajaba abrumado bajo el peso del sentimiento de que hacía una cosa despreciable. Hacer era despreciable. Sólo en el ocio y en la guerra hay honra y nobleza. Así hablaba la preocupación antigua".

Viene bien esto para los gurúes actuales, tan preocupados por eficiencia, productividad, producción, etc. Algo de ocio trae progreso, mucho ocio trae problemas; mucho trabajo no genera ideas y nos deshumaniza, poco trabajar nos deja con necesidades insatisfechas. Así sintetizo la cuestión.

-----00000-----